

PROYECTOS PARA LA INTEGRACIÓN ECONÓMICA DE EUROPA DURANTE EL PERÍODO DE ENTREGUERRAS: CONTENIDO, AUTORES Y HERENCIA¹



*Pierre Tilly
y Michel Dumoulin*



Es posible argumentar que los años 1930 y 1931 tuvieron gran influencia como primer intento por promover una mayor integración de Europa en los niveles económico y político. Citando a Sylvain Schirmann, autor del más importante estudio sobre el tema, el período 1929-1933 fue un “borrador” para el futuro². Por ello, es útil volver estudiar aquello que podríamos llamar la génesis de aquel proceso de integración europea que finalmente se consolidaría después de la Segunda Guerra Mundial.

Es posible abordar esta cuestión y analizar su significado a partir del estudio de las redes transaccionales que se fueron creando en el pe-

río entre las dos guerras. Los círculos empresariales trabajaron en la creación de estas redes al menos desde la década de 1920, tanto dentro del marco de instituciones formales como de relaciones informales³. Este fenómeno tuvo lugar en un espacio en el cual los procesos históricos de la globalización y la regionalización se articulaban en un desarrollo más dialéctico que lineal, según lo definen los historiadores⁴. Pero lo que se puede observar, en particular en este período, fue una nueva forma de integración que podríamos denominar inter-regionalismo.

Un estudio de caso muy pertinente, que se ajusta especialmente a este enfoque, es el de los planes lanzados en Europa entre las décadas de 1920 y 1930. En octubre de 1932, la *Revue économique internationale*, una revista con base en Bélgica, publicó un largo resumen de cada uno de los proyectos europeos y estadounidenses dedicados a la unidad económica regional y la cooperación internacional. Como lo demostrara el historiador Éric Bussière, estos planes formaban parte del desarrollo de una nueva forma de regionalismo que habría de definir un modelo de organización económica para Europa⁵.

Esto era parte del contexto general que siguió a la Primera Guerra Mundial y sus nefastas consecuencias. Las economías industriales occidentales luchaban contra la competencia global emergente, que provenía especialmente desde los Estados Unidos y la Unión Soviética. Por lo tanto, como explicamos en otra obra, una cuestión importante en aquella época, patrocinada por círculos intelectuales y comerciales, era la organización en Europa de áreas con estrechas relaciones económicas⁶. Formaron parte de esta perspectiva las iniciativas políticas de Richard Coudenhove-Kalergi referentes al proyecto paneuropeo, así como también el pensamiento económico de Francis Delaisi sobre la necesidad de grandes obras públicas que conectaran a toda Europa.

Los proyectos económicos para Europa durante el período de entreguerras generaron un nuevo enfoque conceptual sobre el regionalismo⁷. Al mismo tiempo, como demuestran los trabajos de Delaisi, tomaban en cuenta la existencia de lo que parecían ser dos Europas distintas: por una parte, un continente desarrollado, y por el otro, un “tercer mundo europeo”, que se esforzaba por modernizarse y contrarrestar los grandes *shocks* de aquel período⁸. Esta dialéctica también implicaba que, por una inversión de las dinámicas, la economía, un factor de rivalidad entre potencias, debía transformarse en un factor de reconciliación e incluso de unión.

El doble desafío del regionalismo y del desarrollo incluía una nueva forma de negociación a nivel internacional o transnacional, mediante un método que ahora se denomina comúnmente como “funcional”. En esencia, el mismo consistía en avanzar hacia la unidad política de Europa partiendo de una progresiva unificación económica. Desde esta perspectiva, el período referido ofrece varios ejemplos de iniciativas en los sectores industrial y financiero, así como también en el área agrícola, tal como indica la conferencia agraria de Europa Central de 1930⁹.

Los proyectos económicos para Europa fueron un componente importante de un debate que también incluyó la dimensión social. Como se establecía en el Preámbulo de la Parte XIII del Tratado de Versalles: “el fracaso de cualquier nación en adoptar condiciones de trabajo humanas es un obstáculo en el camino de otras naciones que desean mejorar las condiciones en sus propios países”¹⁰. Este sería un principio que la Organización Internacional del Trabajo defendería y promovería especialmente durante la Gran Depresión¹¹.

Este artículo analiza cómo la identidad económica y social del continente era percibida por los círculos económicos y políticos europeos durante los años de posguerra y cómo estos círculos imaginaron su organización o incluso su integración en términos de planes de modernización. Los actores que consideraremos son los estados –es decir, los servidores públicos y encargados de formular las políticas–, las instituciones internacionales existentes o en desarrollo y los industriales y expertos en temas económicos.

Las raíces del regionalismo europeo en las iniciativas de integración durante la Primera Guerra Mundial

En la serie de documentos sobre la Liga de las Naciones que se encuentran en los archivos del Quai d’Orsay, hay uno que anuncia la fundación en 1917, en París de la Société Proudhon, presidida por el diputado francés Jean Hennessy. Su objetivo era “contribuir a crear una Sociedad de Países Aliados, ahora en guerra contra imperios militaristas. En respuesta a la conspiración imperial, la Sociedad propondrá una federación de democracias”¹². Durante la Primera Guerra Mundial, decenas de grupos y cientos de ciudadanos de casi todos los países occidentales redactaron textos similares para manifestar sus aspiraciones de una paz duradera. Por lo tanto, no resulta sorprendente encontrar documentos de archivo provenientes de grupos excéntricos, o no tanto, propugnando una alianza de las democracias contra los países autocráticos, una organización supranacional para dejar de lado la guerra o un parlamento de la humanidad para traer paz eterna sobre la tierra.

Ya desde 1900, el radical francés Étienne Clémentel, autodidacta formado especialmente a partir de los trabajos de Charles Gide, analizó inteligentemente los mecanismos y la estructura de la economía de su época. Influenciado por el “solidarismo”, Clémentel puso en práctica su doctrina económica a partir de 1915, durante la Primera Guerra Mundial. Continuó siendo uno de los personajes principales de la modernización económica hasta mediados de la década de 1930 y fue el padre de numerosas instituciones económicas tales como la Cámara de Comercio Internacional, que presidió hasta 1936¹³.

Charles Brun, considerado el “fundador” del regionalismo político en Francia, y el ya mencionado Jean Hennessy, con su liga de representación profesional y acción regionalista, se contaban entre las figuras más influyentes antes y durante el período entre guerras. Lo mismo puede decirse de Walter Rathenau, quien antes de 1914 había cuestionado la naturaleza y la función del estado. En 1918, Rathenau requeriría la implementación de una “economía planificada” u organizada a nivel mundial, o de no ser posible, un acuerdo económico europeo. En este marco, la región era concebida como una entidad que tendía a asegurar un destino autónomo en una configuración más amplia que la de una nación.

También se debe señalar el papel clave de Europa Central y Oriental para el cambio de visión de la reconfiguración europea después de 1918. Durante las dos décadas transcurridas entre las dos guerras mundiales, los estados del centro-este y sudeste de Europa se vincularon más estrechamente con la economía internacional que antes de 1914, por lo que se vieron atrapados en las luchas competitivas de las grandes potencias industriales. Sus políticas económicas y sociales fueron sometidas a la decisiva influencia de la revolución de octubre de 1917 en Rusia y de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en términos de cambios territoriales. En otras palabras, debieron ajustarse a las realidades del sistema de Versalles: Europa Central y del Este, antes la principal zona de influencia alemana y, en menor medida, austrohúngara fueron incluidas en las esferas de interés política, financiera y de capital de los miembros de la vieja Triple Entente –Francia, Gran Bretaña y Rusia (ahora Unión Soviética).

Otros proyectos de regionalización e integración económica fueron llevados a cabo en el marco del concepto de *Mittleuropa*. En septiembre de 1914, unos pocos meses después del inicio de la Primera Guerra Mundial, el canciller alemán Bethmann Hollweg diseñó el “Plan de septiembre”, que, junto con otros documentos, proponía un plan grandioso para Europa que sería promulgado si Alemania lograba ganar la guerra. El mismo preveía la creación de un sistema denominado *Mittleuropa*, es decir, una unión económica y aduanera de los países de Europa Central liderada por Alemania (y en menor grado por Austria-Hungría). *Mittleuropa* también incluiría la dominación alemana de Luxemburgo, Bélgica y sus puertos sobre el Canal de la Mancha, los países bálticos, la zona polaca de Rusia, y posiblemente partes de Francia.

El regionalismo como respuesta a los desafíos externos: el ascenso de los Estados Unidos como prototipo de modernidad

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la economía internacional estaba caracterizada por una estabilidad multilateral hegemónica centrada en Gran Bretaña. Este país era la nación prestamista y comerciante más importante del mundo; sus importaciones y exportaciones eran casi un tercio mayores que las de Alemania y superaban en casi un 50% las de los Estados Unidos. Sin embargo, la década de 1920 estuvo dominada por disputas económicas y la inflación que alteraron el crecimiento económico en toda Europa y la condujeron a una declinación relativa.

Las diferencias en los índices de progreso técnico de Europa Occidental y los Estados Unidos fueron ejemplificadas en la industria automotriz. La inversión extranjera directa estadounidense en el sector manufacturero en Europa era una manifestación de la superioridad tecnológica de aquel país así como una solución parcial para el problema de los pagos internacionales. En este contexto, los Estados Unidos pasaron a ser percibidos por las élites europeas como una fuente de competencia y un problema central para Europa.

Europa se enfrentaba entonces a un doble desafío: uno interno, que la obligaba a encontrar un camino para superar sus propias divisiones, y uno externo, que la obligaba a enfrentar a nuevos competidores, principalmente los Estados Unidos. El problema de la relación con los Estados Unidos tenía varias vetas. Por una parte, existía una suerte de americanismo entre algunos tecnócratas fascinados por un modelo que se percibía como capaz de regenerar a una Europa en riesgo por su propia decadencia. No es casual que, a pesar de no ser miembro de la organización, la Liga de las Naciones buscara cooperar con el gobierno de los Estados Unidos a través de los funcionarios de este país que trabajan en varias de sus comisiones. Pero, por otra parte, el tema del imperialismo económico estadounidense y del antiamericanismo experimentó un fuerte resurgimiento a partir de fines de la década de 1920¹⁴. Como señaló André Siegfried, algunos intelectuales y círculos económicos querían evitar que en Europa “creciera la influencia del fordismo industrial”, que podría hacerle perder la identidad al continente¹⁵. Lo que se lamentaba por muchos era el desalmado mundo de la modernidad estadounidense¹⁶. Por ejemplo, dentro de la Comisión de Agricultura de la Liga de las Naciones o del Instituto Internacional de Agricultura (formados en 1905 para cementar las relaciones agrícolas entre diversos países), los expertos europeos a menudo criticaban a sus colegas estadounidenses por tener solo una visión económica y un enfoque puramente cuantitativo de la cuestión¹⁷.

El punto de inflexión político que tuvo lugar a finales de la década de 1920 con el Plan Briand se hacía eco de las expectativas del presidente de la Cámara de Comercio Internacional, Clémentel, respecto de que una liga comercial europea constituiría un mercado interno libre con una vitalidad al menos igual a la de los Estados Unidos¹⁸. El desafío, como se ha señalado anteriormente, consistía en tratar de competir con este vasto país en términos de igualdad. La economía europea estaba excesivamente fragmentada para hacer eso, tal como lo había estado Italia antes de la unificación y Alemania antes del *Zollverein*. La integración económica a través de una zona europea de libre comercio y la formación de una unión aduanera europea mejorarían la capacidad de la región para resistir la penetración de los Estados Unidos y fortalecer la posición de los países europeos en las negociaciones internacionales.

Regionalismo, inter-regionalismo, internacionalismo y modernidad: iniciativas de integración en la Europa de entreguerras

El proyecto regionalista se definió, tanto a nivel económico como político durante la década de 1920¹⁹. Estaba centrado primordialmente sobre Europa y se nutría de ideas y pensamientos que a menudo databan de antes de la Primera Guerra Mundial, con el objeto de

promover una paz más duradera en el continente. Hay una clara relación entre esta tendencia y el proyecto de la Liga de las Naciones. Ambos estaban dirigidos a un plan global que buscaba integrar paz económica, social y política en un único programa.

La construcción de Europa contaba con el amplio apoyo de diversos sectores: las iglesias protestante y católica, políticos, empresarios, movimientos socialistas cristianos, personalidades cercanas al movimiento sindicalista tales como Albert Thomas, asociaciones privadas –en particular la del conde Coudenhove-Kalergi– y la Liga de las Naciones.

Por supuesto, todos convergían sobre la reconciliación entre Francia y Alemania como aspecto esencial para asegurar una paz duradera en Europa. Esta preocupación, por lo tanto, caracterizó no solo los proyectos que pretendían establecer una federación europea, sino también aquellos focalizados en agrupamientos regionales a fines de la década de 1920 y comienzos de la de 1930²⁰.

Durante la década de 1930, varias comisiones dentro de la Liga de las Naciones y la Organización Internacional del Trabajo llevaron adelante encuestas entre los gobiernos para evaluar sus necesidades en términos de la modernización de sus economías e infraestructuras. Al mismo tiempo, se diseñaron nuevos mecanismos internacionales de apoyo financiero para responder a estas necesidades, sobre todo en el ámbito de la agricultura²¹. La expansión del mercado, los intentos por intensificar y mejorar la producción industrial así como las garantías contra las crisis en el mercado laboral, fuentes de inestabilidad política y social, conformaban el núcleo de prioridades políticas de la época. Las crisis financieras y económicas generales, y los dramáticos eventos bélicos posteriores pusieron fin a estos planes innovadores²².

Sin embargo, durante la década de 1920, Gran Bretaña adoptó una actitud general en favor de un enfoque universalista. Con el apoyo de los países favorables al libre comercio y de los círculos liberales europeos, los británicos se opusieron a la opción regionalista²³. Adoptaron la misma actitud respecto de la propuesta regionalista de Briand, en septiembre de 1929²⁴.

Durante la década de 1930, la idea europea se hizo más concreta en lo concerniente a las dos caras del regionalismo económico, a saber, la planificación keynesiana y el liberalismo financiero y económico²⁵. La legitimidad de la integración económica regional derivó su valor como método para frenar la crisis económica. A comienzos de la década de 1930, dos acuerdos regionales firmados en Europa estuvieron dirigidos a apoyar los intentos de la Liga de las Naciones por desarrollar el libre comercio. Después de la Convención de Oslo de 1930, la Convención de Ouchy de 1932 entre Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo estableció un plan para la reducción de aranceles aduaneros. Esta última marcó una suerte de conversión al regionalismo económico para estas pequeñas economías tradicionalmente a favor del libre comercio. Unos pocos años después de la guerra, el regionalismo halló su lugar en el marco institucional del universalismo representado por el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés)²⁶.

Proyectos de integración económica ante el derrumbe del sistema monetario internacional

El sistema monetario internacional quedó destruido por el estallido de las hostilidades en 1914. Los intentos por reconstruirlo durante la década de 1920 fueron muy efímeros y no lograron superar el shock de la depresión que siguió al derrumbe financiero de 1929. El sistema internacional desapareció en agosto de 1931, con el fin del patrón oro.

A raíz de las peticiones de Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Japón y el Reino Unido, en junio de 1933 la Comisión de Economía y Finanzas de la Liga de las Naciones dispuso celebrar una conferencia en Londres, centrada principalmente en cuestiones monetarias²⁷. Los delegados de sesenta y cuatro países se reunieron con dos objetivos en mente: estabilizar los estándares monetarios internacionales y lograr

que los precios aumentaran a una tasa constante y razonable. El núcleo del debate era la necesidad de formular planes internacionales para reducir la producción industrial global, meta cuyo logro requería de la cooperación de las empresas y los gobiernos. La Conferencia fue un fracaso total, dado que ningún estado estaba preparado para abandonar voluntariamente ninguna de sus propias fortalezas financieras y económicas. Solo se lograron tímidas reducciones en un contexto cada vez más definido por un creciente nacionalismo económico²⁸.

Dicho resultado favoreció una situación de desempleo global e inseguridad colectiva. A partir de entonces, la Sección Económica y Financiera de la Liga de las Naciones prefirió centrar su atención sobre la cooperación entre individuos antes que entre estados, por lo que comenzó a trabajar más estrechamente con la Organización para la Salud, la Oficina Internacional del Trabajo y el Instituto Internacional para la Agricultura en Roma.

Después del fracaso de la Conferencia, finalmente se reconoció que el Reino Unido ya no podía desempeñar el papel de potencia hegemónica y que los Estados Unidos aún no estaban en condiciones de asumir esa función. Era el fin de la prolongada era del mercado autorregulado y del libre comercio.

El fracaso de la Conferencia Económica y Monetaria de Londres, en 1933, dio aun un mayor impulso al nacionalismo económico y político. No obstante, en esta época se diseñaron nuevas formas de organización monetaria a nivel internacional, tales como los fondos de control y estabilización del intercambio. La trayectoria de Pierre Quesnay demuestra una nueva forma de interpretar la política monetaria. Comenzó su carrera en 1922 como joven asesor financiero, quedando más tarde a cargo de la reconstrucción financiera de Austria para la Liga de las Naciones²⁹. Si bien su internacionalismo estaba claramente motivado por los estrechos intereses estratégicos de Francia y el franco francés, Quesnay estaba convencido de que, para tener éxito, la estabilización monetaria requería no solo de la cooperación monetaria internacional sino también reformas monetarias y financieras convergentes en las economías europeas más desarrolladas³⁰. Su estadía en Viena contribuyó a que comprendiera que el sistema monetario internacional había evolucionado mucho después de la “Gran Guerra”.

Inspirados en un esquema establecido por Louis Loucheur, algunos empresarios alemanes comenzaron a tomar cada vez más conciencia de la interdependencia económica de las naciones, especialmente en Europa. Una de las figuras líderes en los negocios alemanes e internacionales fue Richard Merton, accionista y presidente de Metallgesellschaft AG, quien consideraba necesaria la existencia de normas económicas internacionales. Durante la primavera de 1932, abogó en favor de una unión aduanera continental para el comercio, erigida sobre una base sectorial en asociación con cárteles³¹.

Aún antes de Merton, el belga Francqui había propuesto la creación de un banco internacional diseñado para otorgar créditos a mediano y largo plazo con el objeto de reiniciar la actividad económica.

La institución bancaria diseñada debería permitir a los países que dispongan de capitales abundantes colocarlos en aquellos países que no cuenten con recursos financieros. Los créditos otorgados solo podrán ser utilizados para la compra de infraestructura y máquinas herramientas³².

Las ideas de Pierre Quesnay se ajustaban claramente a esta perspectiva. Todas las propuestas provenientes de los representantes comerciales de diversos sectores e incorporadas por la Cámara de Comercio Internacional o la Comisión de Estudios sobre la Unión Europea trataban de disminuir el nivel de protección de los sectores a través de acuerdos sectoriales que permitieran las adaptaciones necesarias. Los tiempos no estaban maduros. Sin embargo, este enfoque sería retomado a partir de la década de 1950, en el marco de la Comunidad Europea para el Carbón y el Acero y, más tarde, de la Comunidad Económica Europea, como resabio del período entre guerras.

La integración económica en base a los cárteles

Otra arista de los intentos de cooperación europea adoptó, desde temprano, un enfoque funcionalista. Entre los más representativos de esta postura se encuentra Louis Loucheur quien había sido ministro de municiones de la Primera Guerra Mundial y había experimentado de primera mano los beneficios de la cooperación aliada en tiempos de guerra. En la Conferencia de Paz de París, este empresario y político propuso la creación de un cártel internacional del acero con la participación de Francia, Bélgica y Luxemburgo, que eventualmente incorporaría a Inglaterra y Alemania. Era la “edad de oro” de los cárteles internacionales³³. Durante la década de 1920, el método contractual dependía de acuerdos sectoriales, de los cuales el Cártel Internacional del Acero era un prototipo. Durante el mismo período se firmaron acuerdos similares en los sectores de metalúrgica, del vidrio y del cemento. Los cárteles eran parte de la “filosofía empresarial” del período de entreguerras, compartida por políticos y hombres de negocios que promovían la cooperación internacional³⁴. Loucheur propugnaba la idea de usar los cárteles internacionales como forma de promocionar la integración de la economía europea³⁵. En mayo de 1927 patrocinó una conferencia económica en Ginebra, predecesora de aquella de Londres de 1933, organizada dentro del marco de la Liga de las Naciones, desarrollando una propuesta para crear una liga económica de naciones que constituyera una unión aduanera.

Asistieron a la conferencia económica representantes de cincuenta países, incluidos la Unión Soviética y los Estados Unidos de América. Los dos objetivos principales eran reforzar las leyes comerciales internacionales y frenar la extendida práctica de aumentar los aranceles aduaneros. La Convención final fue firmada por veintinueve países, cada uno de los cuales aceptó trabajar colectivamente para llevar a cabo sus recomendaciones. En el plano

La construcción de Europa contaba con el amplio apoyo de diversos sectores: las iglesias protestante y católica, políticos, empresarios, movimientos socialistas cristianos, personalidades cercanas al movimiento sindicalista tales como Albert Thomas, asociaciones privadas.

El proyecto europeo de la segunda posguerra nació de un conjunto de motivaciones en la intersección de las esferas económicas y políticas que habían comenzado a tomar forma hacia fines del siglo XIX. Fue también estrechamente relacionado con la cuestión de la declinación europea respecto de la creciente importancia de nuevas civilizaciones y nuevas potencias económicas en el mundo, en particular los Estados Unidos de América.

industrial, el proyecto proponía organizar la producción y los intercambios en el nivel europeo a través de cárteles, comenzando con la industria pesada, diseñados de conformidad con un modelo de referencia *avant la lettre* como el Acuerdo Internacional del Acero (IAS) redactado en 1926.

Este acuerdo, que reunía las industrias del acero de Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo y de la región del Sarre, organizaba el mercado del acero de acuerdo con cupos de producción administrados en común complementado con varios acuerdos especializados. Definía las normas referidas a la gestión contractual de las relaciones entre productores mediante procedimientos de solidaridad, control y arbitraje, en un sistema bastante complejo. Sin ser partes interesadas directas, los estados seguían de cerca la aplicación y la evolución de este acuerdo.

Sin embargo, a pesar de los buenos propósitos, los países comenzaron a reducir sus importaciones y a incrementar sus exportaciones en interés propio, debido al creciente nacionalismo económico en todo el mundo. Esto causó una crisis económica global que representó una amenaza creciente para la estabilidad de las relaciones internacionales y fomentó las renovadas tensiones franco-germanas y franco-italianas. Es interesante destacar que los países que más apoyaban la idea de una unión económica en nombre de la solidaridad europea eran los países de Europa Central y del Este, que en la Conferencia promovieron la integración del sector agrícola, un ámbito en el que sufrían sobreproducción.

El Plan Briand: un enfoque federalista

El Plan Briand de 1929, es decir la sección económica del Memorandum Briand, contribuyó a un cambio de perspectiva respecto a otras ideas que habían madurado antes. A diferencia de otros actores, Briand adoptó un enfoque federalista que implicaba la difícil tarea de construir la unidad a través de una amplia federación política de estados. En 1930, Briand propugnó una unión federal europea dentro de la Liga de las Naciones, un modelo que anticipaba la aplicación gradual de la idea federalista a las relaciones económicas, financieras, laborales e inter-parlamentarias. Estaba convencido de que la búsqueda de un sistema capaz de asegurar la paz duradera era inseparable de una organización política regional que se encuadrara dentro de una organización global mayor. Por esta razón, Briand describió este enfoque como la “regionalización de la Liga de las Naciones”.

El Plan Briand fue la primera configuración de una unión de este tipo, comenzando por los principios económicos, con el objeto de lograr una mejor organización económica continental como consecuencia de la colaboración paneuropea. Entre 1929 y 1930, Briand debió enfrentar el dilema de optar por una integración europea principalmente de carácter económico o político, un interrogante que también plantearían los iniciadores de la integración posguerra.

Si bien en septiembre de 1929 Briand promovía la idea de una integración principalmente económica, en el Memorandum del 1º de mayo de 1930 apoyó el concepto opuesto, a favor de una integración política. En este aspecto, el Memorandum resulta suficientemente explícito para los analistas, ya que abogaba por:

La subordinación general de los problemas económicos a los problemas políticos: cuando todas las posibilidades regidas por la cuestión de seguridad, y esta misma cuestión, están íntimamente ligadas al progreso posible en el camino hacia la unión política, desde el principio es esencial traer al plano político un método de desarrollo que tienda a proporcionar una estructura orgánica a Europa.

Sin embargo, tal como lo habíamos dicho, en su discurso de presentación del proyecto de Estados Unidos de Europa a la Asamblea de la Liga de las Naciones, en septiembre de 1929, Briand había aseverado inequívocamente que la asociación actuaría, sobre todo, en el dominio económico ya que, como dijo, era la cuestión más apremiante. Sí había mencionado un aparato político europeo que lo acompañaría, con una vaga alusión a una suerte de vínculo federal, que traía a colación su referencia a una “especie de federación europea” evocada en una conversación privada con el ministro de relaciones exteriores de Alemania, Gustav Stresemann, unos pocos meses antes. Sin embargo, Briand aseguraba a sus oyentes que ningún estado participante perdería su soberanía.

En realidad, durante la década de 1920 y los primeros años de 1930 existía un debate polifacético respecto de la hipótesis de la federación política de Europa con la dimensión económica en primer plano. Francis Delaisi había propuesto la noción de espacio económico, que sería adoptada por la Cámara de Comercio Internacional y la Liga de las Naciones. Sus propuestas a favor de obras públicas de infraestructura con el fin de relacionar a los productores agrícolas y a los consumidores industriales eran visionarias, pero bastante simplistas. No obstante, estas ideas atraerían a industrialistas y financistas tales como el estadounidense Dannie Heineman, fuertemente involucrado en las esferas comerciales belgas e internacionales, que sería uno de los modelos y fuentes de inspiración de Adenauer.

La Oficina Internacional del Trabajo y la dimensión social de la integración

La reconstrucción del orden internacional después de la Primera Guerra Mundial puso gran énfasis en las reformas sociales a través de la Organización Internacional del Trabajo. Se utilizaron tres tipos de argumentos para promover estas reformas. El primero sostenía que la competencia económica internacional requería que la reforma social fuese coordinada a nivel internacional para mantener la com-



petitividad relativa de los países. El segundo sostenía que la reforma social era necesaria para preservar la estabilidad interna de los estados y, en consecuencia, la del sistema internacional. El tercero apelaba a la acción internacional sobre la base de las nociones comunes de dignidad humana. Esta última se convirtió en una reivindicación por los derechos humanos.

Los esfuerzos de Legrand y otros a través de todo el siglo XIX permitieron que el argumento de la relación entre competencia internacional y la reforma social fuera bien conocido por los redactores del acuerdo de paz posterior a la Primera Guerra Mundial, reconocido como una oportunidad para concretar una acción colectiva sobre la legislación laboral.

Sin embargo, el principal papel lo desempeñó Albert Thomas, el primer director de la Organización Internacional del Trabajo, quien promovió la idea de una suerte de Europa social³⁶. A principios de la década de 1920, Thomas propuso el establecimiento de una sección de estudios económicos, iniciativa a la que se opusieron los representantes de los empleadores, la Secretaría de la Liga de las Naciones y algunos gobiernos. Sin embargo, Thomas sorteó estas objeciones apoyándose en una fundación estadounidense para crear el International Management Institute. A fin de comprender el alcance de este logro, debemos captar la complejidad, la inconsistencia y también la competencia entre las instituciones dentro de un sistema institucional como la Liga de las Naciones. Para Albert Thomas, los desequilibrios económicos y sociales que había revelado la crisis a principios de la década de 1930 no podían ser solucionados por los gobiernos nacionales solos. La Liga de las Naciones y la Organización Internacional del Trabajo debían alentar nuevas formas de cooperación económica y social en el nivel internacional, que requerían nuevas formas de institucionalización al margen de la Liga, a fin de inactivar la oposición e influir sobre el debate de la modernización económica y social³⁷. En consecuencia, a partir de 1930, la Organización Internacional del Trabajo intervino, a veces en cooperación y a veces en oposición a la Liga de las Naciones, en el desarrollo de importantes programas internacionales de obra pública para combatir el desempleo. Albert Thomas visualizó esto como un primer paso hacia una economía organizada para luchar contra la crisis económica y preservar el progreso hecho en tema de reformas sociales.

Desde el punto de vista de Thomas, la recuperación industrial y comercial de Europa, y sus efectos directos sobre el empleo reque-

rían que los gobiernos, las empresas e incluso los sindicatos juntaran sus fuerzas y sus recursos para apoyar a la Organización Internacional del Trabajo a “impulsar el concepto de obras públicas a gran escala realizadas por las autoridades nacionales, pero de carácter internacional, por todos los medios” como escribió A. A. Evans a Keynes, en febrero de 1932³⁸.

Hacia fines de 1930, la Organización Internacional del Trabajo aprovechó la propuesta incluida en el Memorandum Brian del 1º de mayo de 1930, relacionada con la organización de un sistema de unión europea federal³⁹ para llevar a cabo una encuesta internacional que solicitaba a los gobiernos europeos que hicieran una lista de las obras públicas nacionales, incluyendo las áreas de transporte, comunicación y tránsito, que justificarían su derecho a créditos internacionales⁴⁰. Respecto del logro de obras públicas internacionales, la OIT era consciente de que sería imposible realizar estos planes sin una “transfusión de sangre financiera”, para citar el plan de Montagu Norman de 1931⁴¹.

A pesar de la opinión negativa de Keynes –el economista británico preguntaba: “¿No están a cien millas de ser políticas prácticas?”–⁴², compartida por otros expertos, funcionarios del gobierno y políticos, la Organización Internacional del Trabajo siguió presionando, aunque sin resultados inmediatos. No obstante, muchas de estas ideas resurgirían más tarde, por ejemplo, en el momento de la creación del Banco Europeo de Inversiones⁴³.

Albert Thomas promovió el desarrollo de competencias específicas para solucionar los problemas de la modernización económica y sus consecuencias sociales. Su interés en la “administración científica” o la “racionalización” era un medio para comprender mejor la transformación producida por el desarrollo de la producción y el consumo de masas. Como ya se mencionó, la creación de un International Management Institute (gracias al Fondo del Siglo Veinte con base estadounidense) generó un nuevo espacio para la discusión y la apropiación de ideas tayloristas en la proximidad de la Liga de las Naciones⁴⁴. Por un tiempo, este Instituto mantuvo un diálogo entre diversos protagonistas internacionales sobre la controvertida cuestión de la forma de conciliar la modernización económica con la implementación de las reformas sociales. Este enfoque general llevó al International Management Institute a reflexionar sobre diversas formas de “planificación económica social”. Aunque el instituto se vio forzado a cerrar sus puertas en 1934, su trabajo influyó sobre la investigación y las políticas de la Organización Internacional del

Trabajo en la década de 1930, e incluso después de la Segunda Guerra Mundial.

Estas ideas fueron influenciadas por los debates sobre “relaciones laborales” (*industrial relations*) y “administración científica”. Entonces, la Organización Internacional del Trabajo, el Fondo del Siglo Veinte y el International Management Institute se vieron involucrados en el Congreso Mundial de Planificación Económica Social de Ámsterdam en agosto de 1931, organizado por el International Management Institute y promovido por Mary van Kleeck. Fue una de las primeras reuniones a las que fueron invitados expertos soviéticos para describir su primer Plan Quinquenal. Los empresarios asistentes al congreso respondieron en defensa de sus creencias de libre mercado y criticaron la naturaleza autoritaria del régimen soviético. Sin embargo, la reunión había sido organizada para analizar algún tipo de tercera vía: la “planificación económica social”. El subdirector de la Taylor Society, Harlow S. Person, presentó este concepto como el resultado de una aplicación sistemática de la “administración científica”.

La administración científica –la genuina administración científica– ha demostrado ser una fuerza de expansión continua para la regularización del coraje en la conducta económica. [...] La manifestación final de su evolución es el presupuesto que hace efectiva la regularización de inmensas empresas de plantas múltiples. El problema es la transferencia de esta técnica desde el plano de la economía de la empresa individual al plano de la economía social⁴⁵.

Esta propuesta quedó muy vaga como para permitir una profundización de las formas de la “planificación”. Desde esta misma perspectiva, el economista estadounidense Lewis L. Lorwin del Instituto Brookings consideró la experiencia de la movilización industrial como un modelo de planificación democrática. Era una oportunidad para que los grupos técnicos y científicos plantearan un acuerdo colectivo basado sobre lo que fuera mejor, técnica y objetivamente, para toda la comunidad. Para Lorwin, era importante “comprender que, cada vez más, las alternativas eran la disposición para aceptar los dictados de un concepto racional del bienestar nacional y social, o la revolución social”. Thomas, al contrario, era partidario de preservar la legislación social durante este período de crisis, sin rechazar, por eso, las ideas de Taylor. Su curiosidad sobre los detalles de los modelos de planificación estadounidenses lo llevó a pedir al vice-director de International Management Institute, Von Haan, que los estudiara durante su estadía en los Estados Unidos a principios de 1932.

Al mismo tiempo, Thomas claramente propugnaba la negociación tripartita en forma de “planificación económica social europea”. Las iniciativas regionales podían ser planificadas a nivel internacional por la Liga de las Naciones, para construir los cimientos de lo que él denominaba “una economía con consciencia social”. Albert Thomas era consciente de lo utópico de estas propuestas, pero creía en la necesidad de poner en marcha medidas decididas para frenar la crisis que se estaba profundizando. Después de su repentina muerte en mayo de 1932, el texto de su informe final fue considerado un testamento político de imposible realización que, sin embargo, no debía ser olvidado.

Los sucesores de Thomas, el británico Harold Butler y el estadounidense John G. Winant, guiaron las actividades de la Organización Internacional del Trabajo a partir de los mismos lineamientos hasta el fin de la Liga de las Naciones. Si bien el sistema institucional de la Liga de las Naciones fue bloqueado por los conflictos políticos, la Organización Internacional del Trabajo continuó promoviendo y estudiando, desde el nivel local hasta el internacional, y a través de las redes ligadas a este sistema tripartito, la posibilidad de estabilización económica asociada con el desarrollo de políticas sociales. Después de la elección de Franklin D. Roosevelt, se apoyó cada vez más en las relaciones especiales con la administración estadounidense. La mayor parte de los funcionarios interesados en la

“planificación económica y democrática” acompañaron al gobierno Roosevelt en el *New Deal* y a menudo abogaron por la entrada de los Estados Unidos a la Organización Internacional del Trabajo.

Conclusiones

El proyecto europeo de la segunda posguerra nació de un conjunto de motivaciones en la intersección de las esferas económicas y políticas que habían comenzado a tomar forma hacia fines del siglo XIX. Fue también estrechamente relacionado con la cuestión de la declinación europea respecto de la creciente importancia de nuevas civilizaciones y nuevas potencias económicas en el mundo, en particular los Estados Unidos de América. Un factor capaz de empeorar los efectos de esta nueva competencia era la compartimentación de Europa en mercados nacionales protegidos por políticas diseñadas para servir las ambiciones nacionales con un fuerte contenido político. Por lo tanto, la ambición europea fue no solo el fruto del pacifismo, sino del deseo de escapar de la combinación destructiva que había surgido entre las dos guerras.

Además, como hemos observado, tuvo mucho peso tuvo en estos intentos integradores el objetivo de alcanzar una igualdad de condiciones con Estados Unidos en términos de potencialidad económica. Durante la década de 1920, este desafío se vio reforzado por la dependencia financiera de Europa de los créditos de los Estados Unidos, por su actitud proteccionista y el crecimiento de las empresas estadounidenses en territorio europeo.

La crisis paralela del frágil sistema de seguridad de la Liga de las Naciones, la interrupción de los primeros pasos del diseño a largo plazo de unidad europea, en especial el diálogo Briand-Stresemann, y la expansión japonesa paralela en el Asia Oriental, marcaron el fin del primer intento por construir un sistema moderno de seguridad colectiva multilateral capaz de enfrentar los desafíos del siglo XX. La política de poder de fines de la década de 1930 condenó los esfuerzos previos, conduciendo nuevamente a la división de Europa en un sistema de alianzas tradicionales.

Los “modelos” integradores dominantes que emergieron como consecuencia fueron aquellos promovidos por los nazis y de los comunistas soviéticos, dos sistemas que unieron sus fuerzas brevemente entre 1939 y 1941. No obstante, el agotamiento por la dura experiencia de otra “guerra total”, junto con la casi destrucción del sistema estatal en la mayoría de los países ocupados, renovó el sentido de la necesidad de superar las causas profundas de tales conflictos. Durante la Segunda Guerra Mundial, se formaron nuevos grupos que generaron el ímpetu decisivo hacia una Europa unida.

La necesidad de un gran mercado europeo, particularmente enfatizada por Loucheur, podría ser puesta en perspectiva con el proyecto Delors de la década de 1980, un modelo claramente relacionado con la tendencia a la racionalización promovida por los círculos industrialistas durante el período de entreguerras. El debate opuso a los partidarios de un enfoque liberal que exigía la supresión de las barreras aduaneras y a los que estaban a favor de un enfoque más contractual hacia la unificación económica del continente (un enfoque organizado y negociado del mercado).

El período comprendido entre los años veinte y treinta estuvo marcado por una mezcla fascinante de ideas alrededor de la Comisión Económica de la Liga de las Naciones, la Organización Internacional del Trabajo y otras redes internacionales de expertos e industriales. Algunos tenían un sustento utópico, tal como las visiones federalistas que se habían venido desarrollando desde finales del siglo XIX, otros estaban marcados por una postura funcionalista tal como los proyectos de cártel ya impulsados por Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Si la Gran Depresión decretó el fin del internacionalismo europeo, el período de las esperanzas terminó con la muerte de Briand en 1932, la toma de poder del Partido Nazi y la salida de Alemania de la Liga de las Naciones en 1933.

Notas

¹ Una versión reelaborada de este artículo aparece, en idioma inglés, en Natalie Doyle y Lorenza Sebesta (eds.), *Regional Integration and Modernity Cross-Atlantic Perspectives*, Lanham, Lexington (en prensa). Estos trabajos son el resultado del proyecto Jean Monnet *Integration as a way of modernization. An explanatory framework for regional integration*, INTEGRA - Multilateral Project Jean Monnet Action n. 2012 – 2875/0001 - 001.

² “Un brouillon” escribe Sylvain Schirmann en el libro dirigido por él, *Crise, coopération économique et financière entre Etats européens, 1929-1933*, Paris, Comité pour l’histoire économique et financière de la France, 2000.

³ Christopher Bayly, Sven Beckert, Matthew Connelly, Isabel Hofmeyer, Wendy Kozol y Patricia Seed, “AHR Conversation: On Transnational History”, en *American Historical Review*, vol. 111, n. 5, 2006, p. 1459.

⁴ Éric Bussière (dir.), “Régionalisme européen et gouvernance mondiale au XX^e siècle. Premières approches. Actes de la table ronde des 15 et 16 décembre 2011 organisée à la Fondation Thiers par l’UMR IRICE”, en *Cahiers de l’IRICE*, n. 9, 2012 [disponible en <http://www.cairn.info/revue-les-cahiers-irice-2012-1.htm>].

⁵ Geneviève Duchenne, “Regards sur l’engagement européen dans la Belgique d’entre-deux-guerres”, en *Cahiers de l’IRICE*, n. 1, 2008, p. 18.

⁶ Michel Dumoulin, “La réflexion sur les espaces régionaux en Europe à l’aube des années trente”, en Sylvain Schirmann (dir.), *Organisations internationales et architectures européennes 1929-1939. Actes du colloque de Metz, 31 mai - 1^{er} juin 2001*, Metz, Centre de Recherche Histoire et Civilisation de l’Université de Metz, 2003, p. 17-33.

⁷ Véase, por ejemplo, François Prevet, *Le régionalisme économique. Conception et réalisation. Préface de M. Etienne Clémentel*, Paris, Recueil Sirey, 1929.

⁸ Derek H. Aldcroft, *Europe’s Third World. The European Periphery in the Interwar Years*, Farnham, Ashgate, 2006.

⁹ Francis Delaisi, “Après les conférences agraires de l’Europe centrale”, en *Revue d’économie politique*, vol. XLIV, 1930, pp. 1329-1348. Delaisi escribe: “La formation de ce bloc agraire est un événement considérable. Il est permis d’y voir la première mesure d’ordre pratique vers une fédération européenne” (p. 1248).

¹⁰ *Treaty of Peace between the Allied and Associated Powers and Germany and Protocol signed at Versailles*, 28 de junio de 1919.

¹¹ Olivier Feiertag, “Humaniser la crise économique (1929-1934): l’expertise du BIT dans la crise de mondialisation des années 1930”, en Alya Aglan, O. Feiertag, Dzovinar Kévonian (eds.), *Humaniser le travail. Régimes économiques, régimes politiques et Organisation Internationale du Travail (1929-1969)*, Bruxelles, PIE-Peter Lang, 2011, pp. 19-38.

¹² Carl Bouchard, “From French Federalism to World Federalism: Jean Hennessy’s Société Proudhon”, en *Proceedings of the Western Society for French History*, n. 24, 2006. [disponible en <http://quod.lib.umich.edu/cgi/t/text/text-idx?c=wsfh;view=text;rgn=main;idno=642292.0034.015>].

¹³ Jean-François Eck, “La Chambre de commerce internationale : les positions des représentants français”, en S. Schirmann (dir.), *Organisations internationales...*, cit., pp. 303-324.

¹⁴ Véase Jean-François Revel, *L’obsession anti-américaine: son fonctionnement, ses causes, ses conséquences*, Paris, Plon, 2002, p. 247. Algunos observadores han visto este fenómeno internacional de anti-americanismo como un espejo del rechazo a la modernidad. Véase James Ceaser, “A Genealogy of Anti-Americanism”, en *The Public Interest*, n. 152, 2003, pp. 3-18; Denis Lacorne, Jacques Rupnik, Marie-France Toinet (dir.), *L’Amérique dans les têtes. Un siècle de fascinations et d’aversion*, Paris, Hachette, 1986; Paul Hollander, *Anti-Americanism: Critiques at Home and Abroad, 1965-1990*,

New York, Oxford University Press, 1992.

¹⁵ André Siegfried, Henry Harold Hemming, Doris Hemming, *Les États-Unis d’aujourd’hui*, Paris, Librairie Armand Colin, 1927, p. 350-51. Más tarde, en 1954, Siegfried escribiría *Tableau des États-Unis*, donde retomaba todos los resentimientos de las polémicas entre guerras.

¹⁶ Tony Judt, *Postwar. A History of Europe since 1945*, London, Vintage, 2000, p. 353.

¹⁷ Gilbert Noël, “La Société des Nations et les questions agricoles: géométrie variable et flexibilité”, en S. Schirmann (dir.), *op. cit.*, pp. 345-366.

¹⁸ *Ibidem*, p. 308.

¹⁹ Éric Bussière, “Premiers schémas européens et économie internationale durant l’entre-deux-guerres”, en *Relations internationales*, n. 123, 2005, p. 66 ; *Id.*, “Des conventions du début du XX^e siècle au plan Schuman: les permanences d’une approche contractuelle du processus d’unification économique de l’Europe”, en *Parlement(s), Revue d’histoire politique*, n. HS3, 2007, p. 12 y p. 21.

²⁰ Matthias Schulz, *Deutschland, der Völkerbund und die Frage der europäischen Wirtschaftsordnung, 1925-1933*, Hamburgo, Krämer, 1997.

²¹ Patrick Schaeffer, “Les illusions de la coopération financière européenne au début de la crise des années 1930: l’exemple de la Société Internationale de Crédit Hypothécaire Agricole”, en S. Schirmann (dir.), *Organisations internationales*, cit., pp. 367-386.

²² Estas ideas se renovarían durante la década de 1950 dentro de organizaciones internacionales tales como la Organización de Cooperación Económica Europea (entonces Organización de Cooperación Económica y Desarrollo), el Consejo de Europa y las Naciones Unidas. No obstante, las soluciones ofrecidas difirieron de aquellas que se habían desarrollado veinte años antes.

²³ Yann Decorzant, *La Société des Nations et la naissance d’une conception de la régulation économique internationale*, Bruxelles-Bern, P.I.E Peter Lang, 2011, p. 348 y ss.

²⁴ En 1930, el gobierno británico planteaba este tipo de argumentos contra el plan Briand. Véase Andrea Bosco, “The British Foreign Office and the Briand Plan”, en Antoine Fleury y Jílek Lubor (dir.), *Le plan Briand d’Union fédérale européenne. Actes du colloque international tenu à Genève du 19 au 21 septembre 1991*, Bern-Berlin, P.I.E. Peter Lang, 1998, pp. 347-358.

²⁵ M. Dumoulin, “Les Pères de l’Europe. Entre la contingence et l’idéal”, en Élie Barnavi y Paul Goossens (dir.), *Les frontières de l’Europe*, Bruxelles, Musée de l’Europe/De Boeck, 2001, pp. 100-101 ; Laurence Badel, E. Bussière, M. Dumoulin y Ruggiero Ranieri, “Cercles et milieux économiques”, en Robert Frank y Gérard Bossuat (dir.), *Les identités européennes au XX^e siècle, Diversités, convergences et solidarités*, Paris, Publication de la Sorbonne, 2004, pp. 14-16.

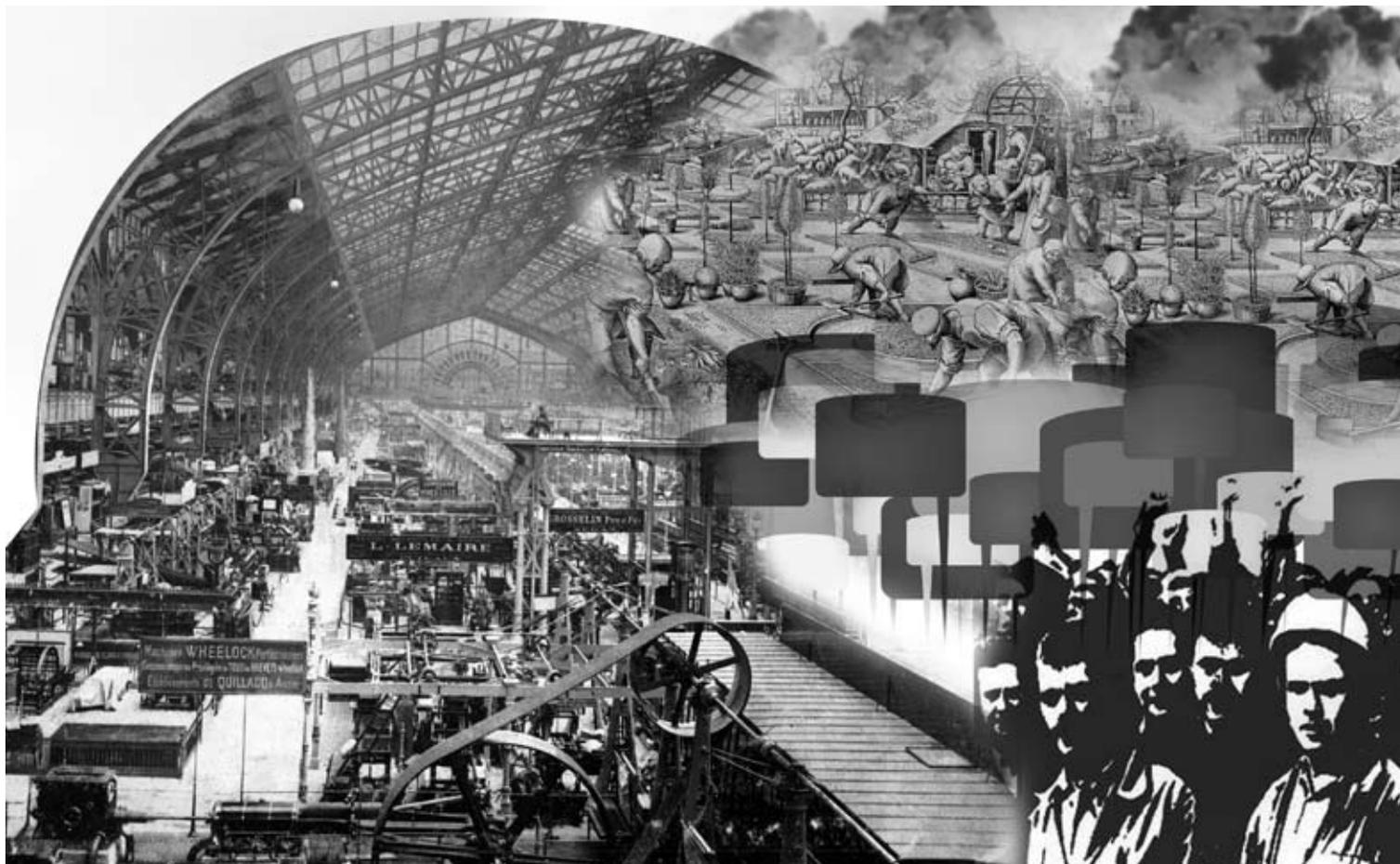
²⁶ E. Bussière, *La France, la Belgique et l’organisation économique de l’Europe, 1918-1935*, Paris, Comité pour l’histoire économique et financière de la France, 1992, pp. 383-391.

²⁷ Se trató de la segunda conferencia internacional en temas económicos organizada bajo la égida de la Liga de las Naciones, luego de la primera, llevada a cabo en Ginebra en 1927. Respecto de la escasamente estudiada Organización Económica y Financiera de esta organización, véase Patricia Clavin y Jens-Wilhelm Wessels, “Transnationalism and the League of Nations: Understanding the Work of Its Economic and Financial Organization”, en *Contemporary European History*, vol. 14, n. 4, 2005, pp. 465-492.

²⁸ E. Bussière, *La SDN*, *op. cit.*, p. 283.

²⁹ Olivier Feiertag, “Les banques d’émission et la BRI face à la dislocation de l’étalon-or (1931-1933): l’entrée dans l’âge de la coopération monétaire internationale”, en *Histoire, économie et société*, a. 18, n. 4, 1999, pp. 715-736.

³⁰ O. Feiertag, “Pierre Quesnay et les réseaux de l’internationalisme monétaire en Europe (1919-1937)”, en M. Dumoulin (ed.), *Les réseaux économiques de la construction européenne au XX^e siècle*,



Bruxelles-Bern, PIE-Peter Lang, 2004, pp. 331-349.

³¹ M. Schulz, "The Merton plan for a European central bank system. German commercial elites and the beginning of European integration (1947 - 1957)", en E. Bussière y M. Dumoulin (eds.), *Milieux économiques et intégration européenne au XXème siècle*, Arras, Artois Presses Université, 1998, pp. 86-87.

³² Traducción del Coordinador Editorial. O. Feiertag, "Pierre Quesnay et les réseaux de l'internationalisme monétaire en Europe (1919-1937)", *cit.*, p. 339.

³³ See Dominique Barjot (ed.), *International cartels revisited. Vues nouvelles sur les cartels internationaux, 1880-1980*, Caen, Editions du Lys, 1994.

³⁴ Peter Hall y David Soskice, *Varieties of Capitalism. The Institutional Foundations of Comparative Advantage*, Oxford, Oxford University Press, 2001.

³⁵ E. Bussière, "La SDN, les cartels et l'organisation économique de l'Europe entre les deux guerres", en D Barjot, *op. cit.*, p. 282.

³⁶ Anthony M. Endres y Grant Fleming, *International Organizations and the Analysis of Economic Policy, 1919-1950*, London, Cambridge University Press, 2002; Denis Guerin, "Albert Thomas, inlassable promoteur de l'intégration européenne", en: E. Bussière y M. Dumoulin (eds.), *Milieux économiques...*, *cit.*, pp. 307 y ss.

³⁷ Thomas Cayet, "Le Bureau International du Travail et la modernisation économique dans les années '20: esquisse d'une dynamique institutionnelle", en *Revue Travail et Emploi. Centenaire du ministère du Travail. Première partie*, n. 110, abril-junio de 2007, pp. 15-27.

³⁸ Ginebra, Archivo de la OIT, CAT (Cabinet Albert Thomas) 11/A/3, Evans a Keynes, febrero de 1932.

³⁹ Ginebra, Archivo de la Liga de las Naciones, SDN 1, Documentos relacionados con la Organización de Unión Federal Europea, Ginebra, 15 de septiembre de 1930, p. 16 [A. 46, 1930, VII].

⁴⁰ Ginebra, Archivo de la OIT, CAT 6B/7/1. Veintiún gobiernos respondieron a la circular de la OIT. Dinamarca, Gran Bretaña, Irlanda, Luxemburgo, Suecia, Holanda, Portugal y Suiza declararon que no tenían necesidad de créditos laborales. La Unión Soviética respondió que el desempleo era desconocido dentro de sus fronteras.

⁴¹ *Ibidem*, CAT 6B/7/4: "Note sur les travaux à soumettre à la sous-commission des crédits du Comité d'études pour l'Union européenne", 26 de junio de 1931.

⁴² *Ibidem*, CAT 11/A/3, Keynes a Evans, Cambridge, 17 de febrero de 1931.

⁴³ M. Dumoulin, "The birth of an institution: from a European investment fund to the European Investment Bank", en É. Bussière, M. Dumoulin and É. Willaert. (eds.), *The Bank of the European Union. The EIB, 1958-2008*, Luxembourg, European Investment Bank, 2008, p. 22-48.

⁴⁴ Matthias Kipping, Staffan Furusten, Hallgeir Gammelsæte, "Converging towards American dominance? Developments and structures of consultancy fields in Europe", en *Entreprises et histoire*, vol. 33, n. 2, 2003, pp. 25-40.

⁴⁵ Harlow Stafford Person, "Scientific Management as Philosophy and Technique of Progressive Industrial Stabilization", en Mary L. Fledderus (ed.), *World Social Planning. The necessity for planned adjustment of productive capacity and standard of living*, Material contributed to the World Social Economic Congress, Ámsterdam, 31 de agosto, The Hague-New York, International Industrial Relations Institute, 1932, pp. 153-201.